

3.º Que, en cuanto a tener que comparecer en persona, en la capital del mundo cristiano, se asombraba grandemente de que el papa exigiera eso en aquel momento, puesto que, seis semanas antes, a su regreso de Nápoles, y deseando vivamente avistarse con Su Santidad para testimoniarle su respeto y obediencia, Su Santidad, en vez de acceder a sus deseos, había salido de Roma al aproximarse él, y tan precipitadamente, que, a pesar de todas las diligencias hechas, no pudo conseguir el volver a juntarse con él.

Sin embargo, en cuanto a este último artículo, prometió a Su Santidad que, si él, por su parte, se comprometía a esperarlo esta vez, le daría la satisfacción que deseaba, volviendo a Roma una vez que hubiese terminado a su satisfacción los asuntos que a su reino le llamaban.

A pesar del orgullo burlón que en esta respuesta resaltaba, no por eso dejó de verse Carlos VIII menos obligado por las circunstancias a obedecer al extraño breve que había recibido. En efecto, no obstante el refuerzo de suizos que en su socorro llegaba, el rey se vió obligado, por lo urgente de su presencia en Francia, a concertar con Ludovico Sforza una paz por la cual le cedía la plaza de Novara, mientras que Gilberto de Montpensier y d'Aubigny, por su parte, después de haber defendido la Calabria, la Basilicata y Nápoles, palmo a palmo, viéronse finalmente reducidos, después de un sitio de treinta y dos días, a firmar, el 20 de julio de 1496, la capitulación de Atella, por la que debían ser entregadas a Fernando II, rey de Nápoles, todas las plazas y fortalezas de su reino, de las que sólo pudo gozar tres meses, pues murió de extenuación el 7 de septiembre siguiente, en el castillo de la Somma, al pie del Vesubio, sin que los cuidados prodigados por su joven esposa pudieran reparar el daño que su belleza había causado.

Su sucesor fué Federico, su tío; resultando que, desde hacía tres años que era papa, Alejandro VI, conforme él iba afirmándose sobre el solio pontificio, vió pasar por el trono de Nápoles cinco reyes: Fernando I, Alfonso II, Carlos VIII, Fernando II y Federico.

Esta rápida sucesión de soberanos y esas conmociones del trono eran lo más ventajoso que podía ocurrir para la fortuna de Alejandro VI, puesto que cada nuevo monarca

sólo era verdaderamente rey bajo la condición de recibir la investidura del pontífice. Ello dió por resultado que el único que resultó favorecido con todos esos cambios fué Alejandro VI, puesto que sucesivamente, a pesar de sus simonías, había sido reconocido como jefe supremo de la Iglesia por Ludovico Sforza y las Repúblicas de Florencia y de Venecia, que habían tratado con él, habiendo sido, además, adorado sucesivamente por los cinco reyes que se habían sucedido en el trono de Nápoles. Alejandro VI pensó, pues, que el momento de fundar el poderío de su casa había llegado apoyándose por un lado en el duque de Gandía, que debía desempeñar todas las altas dignidades temporales, en tanto que César Borgia sería llamado a todas las grandes funciones eclesiásticas. El papa, para asegurar estos nuevos proyectos, nombró cuatro cardenales españoles, con los cuales el número de sus compatriotas en el Sacro Colegio se elevaba a veintidós, asegurándole en él una mayoría constante y cierta.

Lo primero que la política pontificia necesitaba, era librar a los alrededores de Roma de todos aquellos pequeños señores llamados los vicarios de la Iglesia, y a los que Alejandro, por su parte, daba el nombre de esposas o manillas del papado. Ya han visto nuestros lectores que el papa había comenzado esta obra incitando a los Orsini contra los Colonna, cuando la empresa del rey de Francia había obligado a reunir todos los recursos de su ingenio y todas las tropas de sus Estados, cual si para su propia seguridad tuviera que hacer con ellas una guardia alrededor de su persona.

Pero he aquí que, en su imprudencia, los Orsini, los antiguos amigos del papa, se habían pasado a los franceses, y con ellos penetrado en el reino de Nápoles, de suerte que Virginio, uno de los principales jefes de aquella poderosa casa, había sido hecho prisionero durante la guerra, y se hallaba en poder de Fernando II. Era ésta una ocasión que Alejandro no podía dejar escapar; de suerte que, una vez hubo intimado al rey de Nápoles que no pusiera en libertad al que desde el 1.º de junio de 1496 había declarado rebelde, el 26 de octubre siguiente, es decir, en los primeros días del reinado de Federico, con el cual sabía Alejandro VI que podía contar absolutamente por la necesidad que tenía de recibir la investidura, pronunció

en consistorio secreto una sentencia de confiscación contra Virginio Orsini y toda su familia; después, y como no todo consistía en declarar confiscados los bienes, hizo proposiciones a los Colonna, diciendo que, como prueba de la renovación de su amistad, les encargaba la ejecución, bajo las órdenes del duque de Gandía su hijo, de la sentencia dictada contra sus antiguos enemigos, debilitando de este modo a sus vecinos, el uno por medio del otro, hasta que pudiera atacarlos sin peligro y hacer desaparecer a vencedores y vencidos.

La proposición fué aceptada por los Colonna, siendo el duque de Gandía nombrado general de la Iglesia, de cuyo cargo su padre, revestido de las vestiduras pontificales, le entregó las insignias en la iglesia de San Pedro en Roma.

Desde el primer momento, las cosas marcharon tal como Alejandro VI había esperado, y antes de que terminara el año, el ejército pontificio habíase apoderado de una infinidad de castillos y fortalezas pertenecientes a los Orsini. Estos se consideraban ya como perdidos cuando Carlos VIII, al cual se habían dirigido sin esperanzas de que, preocupado como estaba de sus propios asuntos, pudiera prestarles gran ayuda, a falta de armas y de tropas, les envió a Carlos Orsini, hijo de Virginio, que se hallaba prisionero, y a Vitellozo Vitelli, hermano de Camilo Vitelli, uno de los tres valientes *condottieri* italianos que había tomado a sueldo y habían combatido por él en el paso del Taro. Estos dos capitanes, que habían probado su valor y habilidad, llevaban consigo una enorme cantidad de dinero que debían a la liberalidad de Carlos VIII; de modo que, tan pronto como estuvieron en Città di Castello, centro de su pequeña soberanía, y expresaron la intención de formar un ejército de hombres de armas, los reclutas se presentaron de todas partes para alistarse bajo su bandera. No tardaron, pues, en reunir un pequeño ejército, y como durante su permanencia entre los franceses habían estado en condiciones de estudiar la parte de su organización militar por la que eran superiores a los italianos, aplicaron a sus tropas esas mejoras, consistentes sobre todo en ciertos cambios en los trenes de artillería, que hacía más fácil la maniobra, y en la substitución de las armas ordinarias por picas que en la forma se parecían a las de

los suizos, pero que tenían dos pies más de largo. Hechos estos cambios, Vitellozo Vitelli adiestró durante tres o cuatro meses a su gente en el manejo de sus nuevas armas; después, y al juzgarlos en estado de servirse de ellas con ventaja, habiendo obtenido algunos subsidios de las ciudades de Perugia, Todi y Narni, que temían les llegara su turno después del de los Orsini, como a éstos les había llegado después del de los Colonna, marchó hacia Bracciano, plaza que el duque de Urbino tenía sitiada, y que, en virtud del tratado antes mencionado, había sido prestada al papa por los venecianos.

El general veneciano, sabedor de que Vitellozo Vitelli se le acercaba, quiso ahorrarle la mitad del camino y salió a su encuentro; los dos ejércitos se encontraron en el camino de Soriano, y el combate se trabó en el mismo instante. El ejército pontificio lo componía un cuerpo de ochocientos alemanes, con los que los duques de Urbino y de Gandía contaban más que con cualesquiera otros, y con razón, porque, en efecto, eran las mejores tropas del mundo; pero Vitellozo Vitelli hizo que esos soldados escogidos fuesen atacados por su infantería, la cual, armada con sus formidables picas, los atravesaban sin que éstos, que tenían las picas cuatro pies más cortas, pudiesen devolverles los lanzazos que recibían; al mismo tiempo, su artillería ligera serpenteaba sobre los flancos del ejército, siguiendo sus más rápidos movimientos, y por la puntería y rapidez de sus disparos hacía callar a la artillería enemiga; de modo que, después de una resistencia más larga de lo que era posible esperar de un ejército atacado por medios tan superiores, las tropas pontificias emprendieron la huida, llevando consigo hacia Ronciglione al duque de Gandía herido de un lanzazo en la cara, a Fabricio Colonna y al legado; en cuanto al duque de Urbino, que combatía la retaguardia para apoyar la retirada, cayó prisionero juntamente con toda la artillería y los bagajes del ejército vencido.

Sin embargo, por grande que fuera este éxito no aumentó el orgullo de Vitellozo Vitelli hasta el punto de cegarle respecto a su situación: comprendió que tanto él como los Orsini eran demasiado débiles para sostener una guerra semejante; que el pequeño tesoro a que debía su ejército no tardaría en agotarse, y que éste desaparecería

con aquél. Apresuróse, pues, a que le perdonasen su victoria haciendo proposiciones que tal vez, de haber sido el vencido, él mismo no habría aceptado. Sin embargo, el papa las aceptó en el mismo instante, pues en el intervalo había recibido la noticia de que Trivulzio acababa de repasar los Alpes y entrar nuevamente en Italia con tres mil suizos, pues temía que el general italiano llevara la vanguardia del rey de Francia. En vista de eso, decidióse que los Orsini pagasen setenta mil florines por los gastos de la guerra y que todos los prisioneros fuesen canjeados por ambas partes sin pagar rescate, exceptuando el duque de Urbino. Para seguridad del pago de los setenta mil florines, los Orsini hicieron entrega como garantía, en manos de los cardenales Sforza y San Severino, de las fortalezas de la Anguillara y de Cervetri; después, como en el día señalado para el pago no tenían el dinero necesario, estimaron al duque de Urbino, su prisionero, en cuarenta mil ducados, lo que casi formaba la suma debida, y se la cargaron en cuenta a Alejandro VI, el cual, esta vez, rígido observador de las obligaciones contraídas, hizo que su propio general, tomado a su servicio, le pagase el rescate que éste debía a sus enemigos.

El papa, por su parte, hizo que entregaran a Carlos Orsini y a Vitellozo Vitelli el cadáver de Virginio, ya que no la persona. Por una extraña fatalidad, el prisionero había dejado de existir ocho días antes de firmarse el tratado, sucumbiendo a la misma enfermedad, si podía juzgarse por analogía, que había costado la vida al hermano de Bayaceto.

Cuando se hubo firmado la paz, Próspero Colonna y Gonzalo de Córdoba, que el papa había pedido a Federico, llegaron a Roma con un cuerpo de ejército de tropas napolitanas y españolas. Alejandro, en la imposibilidad de utilizarlas contra los Orsini, y no queriendo reprocharse el haberlas hecho ir a Roma inútilmente, las ocupó en tomar nuevamente a Ostia. Gonzalo fué recompensado por ese hecho de armas recibiendo de manos del papa la Rosa de Oro, es decir, la más alta distinción que Su Santidad podía conceder. Gonzalo compartió ese honor con el emperador Maximiliano, el rey de Francia, el dux de Venecia y el marqués de Mantua.

Y en esto llegó la fiesta de la Asunción a la que Gonzalo

de Córdoba fué invitado. Para asistir a ella, salió de su palacio, se dirigió al encuentro de la caballería pontificia y colocóse a la izquierda del duque de Gandía, cuya belleza personal realzada con todo el lujo que había juzgado oportuno desplegar en aquella fiesta, atraía todas las miradas. En efecto, su séquito vestía tan magníficas libreas, que nada de lo visto hasta entonces en Roma, la ciudad de las pompas religiosas, se podía comparar con su riqueza. Todos aquellos pajes y aquellos criados montaban soberbios caballos que cubrían gualdrapas de terciopelo con franjas de plata, en medio de las cuales colgaban, de distancia en distancia, campanillas del mismo metal. El duque de Gandía vestía un traje de brocado de oro, y llevaba al cuello un hilo de las perlas más hermosas y más gruesas de Oriente que tal vez poseyera hasta entonces príncipe cristiano alguno, y rodeaba su gorra una cadena de oro guarnecida de diamantes, de los que el más pequeño valía veinte mil ducados. La magnificencia contrastaba grandemente con el sencillo traje de César Borgia, cuya sotana y manto de púrpura no admitía adorno alguno, dando esto por resultado que César, doblemente envidioso de su hermano al oír los elogios que de su magnificencia hacían, concibió nuevo odio contra él. De modo que, desde ese momento, el cardenal Valentino decidió en su interior la suerte de aquel hombre, al que sin cesar encontraba en el camino de su orgullo, de su amor y de su ambición.

En cuanto al duque de Gandía—dice el historiador Tomenaso,—razón tuvo ciertamente en dejar, con motivo de esta fiesta, el recuerdo público de su gentileza y su esplendor, puesto que ésta fué la pompa que precedió a la de sus funerales.

Lucrecia, por su parte, había ido a Roma bajo pretexto de tomar parte en esta solemnidad, pero, en realidad, como no tardaremos en ver, con objeto de convertirse en un nuevo instrumento de ambición en manos de su padre.

Como en manera alguna se contentaba el papa con un vano triunfo de ostentación y de orgullo para su hijo, y como su guerra con los Orsini no le diera el resultado que de ella esperaba, se decidió, para aumentar la fortuna de su primogénito, a hacer lo que había reprochado al papa Calixto III hacer por él mismo, en el discurso que le había dirigido, es decir, desmembrar de los Estados Eclesiásti-

cos las ciudades de Benevento, Terracina y Pontecorvo, al objeto de formar con ellas un ducado y dárselo como infantazgo. Esto lo propuso en pleno consistorio, y como el colegio de cardenales era, conforme hemos dicho, completamente suyo, no tropezó con ninguna dificultad. El nuevo favor concedido a su hermano mayor exasperó a César, el cual, sin embargo, recogiendo su parte en las mercedes paternas, acababa de ser nombrado legado *a látere* ante Federico, por lo que, en nombre del papa, debía ponerle por sus manos la corona en la cabeza.

Lucrecia, mientras tanto, después de haber pasado algunos días en completo holgorio con su padre y sus hermanos, habíase recluso en el convento de San Sixto, sin que se supiera el verdadero motivo de este retiro, y sin que en sus instancias, César, que sentía por ella un amor tan extraño como desnaturalizado, pudiese lograr que, cuando menos, para retirarse del mundo de este modo, esperara el día siguiente de su partida para Nápoles. Semejante obstinación por parte de su hermana hirióle profundamente; porque desde el día en que su hermano mayor se mostrara en la procesión con su magnífico traje, había creído notar que su incestuosa amante le trataba con frialdad, y el odio a su rival aumentóse de tal modo, que resolvió deshacerse de él costase lo que costase. En consecuencia, hizo decir al jefe de sus esbirros que le esperaba aquella misma noche.

Michelotto estaba acostumbrado a esta clase de mensajes, que casi siempre tenían por objeto secundar un amor o realizar una venganza. Ahora bien, como en uno o en otro caso, ordinariamente, recompensábasele con esplendidez, guardóse bien de faltar a la cita, y a la hora convenida fué introducido ante su amo.

César Borgia lo esperaba apoyado contra una gran chimenea, no ya vestido con su traje de cardenal, sino con un jubón de terciopelo negro cuyos acuchillados abríanse sobre una chupa de raso del mismo color. Una de sus manos jugaba maquinalmente con sus guantes, mientras que la otra cariciaba la empuñadura de un puñal envenenado del que no se separaba jamás. Era el vestido que usaba en sus expediciones nocturnas; de modo que Michelotto no se sorprendió de verlo vestido así. Sin embargo, la mirada de sus ojos era aún más sombría que de

costumbre, y sus mejillas, habitualmente pálidas, estaban lívidas. Michelotto no hizo más que mirar a su amo, y sintió que entre César y él iba a pasar algo terrible.

Indicóle César que cerrase la puerta, y Michelotto apresuróse a obedecer; luego, tras un instante de silencio, durante el cual los ojos de César parecían investigar el interior del despreocupado *bravo* que ante él estaba de pie y descubierto, le dijo con voz en la que se transparentaba un ligero acento de burla:

—Michelotto, ¿qué te parece este traje? ¿Me sienta bien?

Por muy acostumbrado que el esbirro estuviese a los circunloquios que generalmente empleaba su amo antes de llegar a su verdadero objeto, se hallaba tan lejos de esperar semejante pregunta, que, al pronto, se quedó sin responder, y sólo después de un instante pudo decir:

—Admirablemente, monseñor; gracias a ese traje, Vuestra Excelencia tiene el aire de un capitán, como de eso tiene el corazón.

—Mucho me complace que opines de ese modo—dijo César.—Y ahora, ¿sabes quién motiva que en lugar de este traje, que únicamente puedo llevar de noche, me vea obligado a vestir durante el día la sotana y el capelo cardenalicios, y a pasar mi tiempo yendo de iglesia en iglesia y de consistorio en consistorio, mientras que en el campo de batalla debería mandar algún magnífico ejército, en el que tú tendrías el grado de capitán, en lugar de ser, como eres, jefe de algunos cuantos esbirros?

—Sí, monseñor—respondió Michelotto, que a las primeras palabras de César le había comprendido;—quien motiva todo esto es monseñor Juan, duque de Gandía y de Benevento, vuestro hermano mayor.

—¿Sabes tú—repuso César sin dar otra aprobación que un movimiento de cabeza a la respuesta del *bravo*,—sabes tú quién tiene las riquezas y no tiene el genio; quién el casco, pero no la cabeza, quién la espada, pero no la mano que debe esgrimirla?

—También es el duque de Gandía—dijo Michelotto.

—¿Sabes tú—continuó César,—quién es el que constantemente se interpone en el camino de mi ambición, de mi fortuna y de mi amor?

—Siempre el duque de Gandía—repitió Michelotto.

—¿Y qué es lo que tú piensas de esto?— preguntó César.

—Lo que yo pienso, es que es preciso que muera— respondió friamente el esbirro.

—Opino del mismo modo, Michelotto—dijo César dando un paso hacia él y tomándole la mano,—y lo que siento es no haber pensado antes en ello; porque, si el año pasado, al cruzar el rey de Francia por Italia, hubiese tenido espada en lugar del báculo, en este momento me encontraría soberano de algún buen señorío. No cabe duda de que el papa quiere engrandecer su casa, pero se ha equivocado respecto a los medios, pues debiera haberme hecho duque, y a mi hermano cardenal. De haberme hecho duque a mí, no cabe duda de que a la autoridad de su poder yo hubiera añadido la intrepidez de un corazón que habría sabido hacerla valer. Aquel que quiere abrirse un camino hacia los señoríos y un trono, para conseguirlo debe pisotear los obstáculos que se encuentran en su camino, y correr francamente, sin inquietarse por los desgarrones que las espinas causen en su carne; debe herir a ojos cerrados, con la espada o el puñal, para abrir camino a su fortuna; no debe temer que sus manos se tiñan en su propia sangre; y, finalmente, debe seguir el ejemplo que le han dado todos los fundadores de imperios, desde Rómulo hasta Bayaceto, que ambos sólo reinaron bajo la condición de perpetrar un fratricidio. Pues bien, tú lo has dicho, Michelotto, esa condición es la que se me impone, y he resuelto no retroceder ante ella. Ahora, ya sabes para qué te he llamado. ¿Me he equivocado al contar contigo?

Como era de esperar, Michelotto, que en la comisión de este crimen veía asegurada su fortuna, respondió a César que estaba por completo a sus órdenes, y que le designara solamente el tiempo, el lugar y el modo de ejecutarlo. Contestóle César que el tiempo, naturalmente, no debía estar muy lejano, puesto que él estaba a punto de salir para Nápoles; en cuanto al lugar y al modo, dependerían de la ocasión, y que cada uno por su lado la acecharía para aprovecharse de ella en cuanto se presentara favorable.

Al día siguiente de haber tomado esta resolución, César supo que habían fijado para su partida el día 15 de junio; al mismo tiempo, recibió una invitación de su madre para que fuese a cenar a su casa el 14. La fiesta se daba en su

honor y para despedirlo. Michelotto recibió orden de estar listo a las once de la noche.

Habían dispuesto la mesa al aire libre en una viña magnífica que la Vanozza poseía cerca de San Pedro de Liens: los convidados eran César Borgia, héroe de la fiesta, el duque de Gandía, el príncipe de Esquilache, su esposa doña Sancha, el cardenal de Monte Reale, Francisco Borgia, hijo de Calixto III, don Rodrigo Borgia, capitán del palacio apostólico; don Godofredo Borgia, y, finalmente, don Alfonso Borgia, sobrino del papa: hallábase, pues, toda la familia reunida, a excepción de Lucrecia que, todavía en el retiro, se había negado a ir.

La cena fué verdaderamente espléndida, mostrándose en ella César tan alegre como de costumbre; en cuanto al duque de Gandía, nunca pareció tan gozoso.

En medio de la cena, el duque recibió de manos de un hombre enmascarado una carta; al romper el sello la alegría le puso colorado, y, después de haberla leído, respondió esta sola palabra: «Iré» y la guardó rápidamente en el bolsillo de su jubón; pero, por de prisa que procuró ocultarla a todas las miradas, César tuvo el suficiente tiempo de echar sobre ella una ojeada, y creyó reconocer la letra de su hermana Lucrecia. Durante este tiempo, el mensajero había desaparecido, sin que nadie más que César se fijara en él, porque, en aquella época, acostumbrábase hacer llevar los mensajes de amor por hombres cubiertos con un antifaz, o por mujeres cuyo rostro desaparecía bajo un velo.

Al dar las diez todos abandonaron la mesa, y como el aire era suave y puro se pasearon algún tiempo bajo los magníficos pinos que durante el día daban sombra a la casa de la Vanozza, pero sin que César perdiera de vista a su hermano un solo momento. Cuando sonaron las once, el duque de Gandía se despidió de su madre. César hizo lo mismo pretextando que deseaba pasar esa misma noche por el Vaticano para despedirse del papa, deber que le sería imposible cumplir al día siguiente, pues su partida estaba fijada para el amanecer. Este pretexto era muy admisible puesto que el papa velaba todas las noches hasta las dos o las tres de la madrugada.

Los dos hermanos salieron juntos, montaron en sus respectivos caballos, que a la puerta les esperaban, y

uno al lado de otro caminaron hasta el palacio Borgia, habitado a la sazón por el cardenal Ascanio Sforza, que lo había recibido en donativo de Alejandro la víspera del día en que éste fué elegido papa. Allí se separó el duque de Gandía de su hermano, diciéndole, con una sonrisa, que no pensaba volver a su casa en aquel momento, porque antes tenía que pasar algunas horas con una hermosa dama que lo esperaba. César le respondió que era muy dueño de hacer lo que le conviniera, y le dió las buenas noches.

El duque de Gandía tomó camino hacia la derecha y César lo hizo hacia la izquierda; pero César notó que el camino que el duque había tomado conducía hacia el monasterio de San Sixto adonde, como hemos dicho, Lucrecia se había retirado; después de hecha esta observación que le confirmaba sus sospechas, dirigióse hacia el Vaticano, en donde, cuando hubo hablado con el papa, se despidió de él y recibió su bendición.

A partir de este instante todo es misterioso como la sombra en la que se desarrolló el terrible suceso que vamos a relatar. Sin embargo, he aquí lo que se cree:

El duque de Gandía, al separarse de su hermano César, despidió su servidumbre, quedando sólo a su lado un criado de confianza, en cuya compañía se encaminó hacia la plaza de la Giudecca. Al llegar allí, encontróse con el enmascarado que le llevara la carta durante la cena; y prohibiendo entonces a su criado que le siguiera más allá, ordenóle que le esperase en la plaza donde estaban, diciéndole que, a lo sumo, estaría de vuelta dos horas después, y se le reuniría al pasar. En efecto, a la hora señalada por el duque regresó, el cual, a su vez, despidió al hombre enmascarado, y se puso en camino para su palacio; pero al doblar la esquina del Ghetto, el barrio de los judíos, cuatro hombres a pie, guiados por otro que estaba a caballo, se lanzaron sobre él. Creyó el duque de Gandía que se trataba de ladrones, o que era víctima de alguna equivocación, por lo que dió su nombre; pero lejos de detener con eso los puñales de los asesinos, éstos redoblaron sus golpes, y el duque de Gandía cayó muerto al lado de su criado, que estaba moribundo.

Entonces el jinete, que, inmóvil e impasible, había visto perpetrar el asesinato, obligó a su caballo que se aproximara al cadáver; los cuatro asesinos cargaron luego el

cuerpo sobre la grupa, y, caminando al lado del caballo para sostener el cadáver, se internaron por la callejuela que conduce a la iglesia de Santa María in Monticelli. En cuanto al infeliz criado, por muerto lo dejaron sobre el empedrado. Sin embargo, como recobrase algunas fuerzas al cabo de algunos instantes, sus gemidos fueron oídos por los vecinos de una casita pobre, que salieron a recogerlo y lo llevaron a una cama, donde expiró casi en seguida, sin que pudiera dar ningún informe sobre los asesinos, ni sobre el asesinato.

El duque fué esperado toda la noche y toda la mañana siguiente; la espera pronto se convirtió en temor y más tarde en alarma: fueron a ver al papa y le avisaron que, desde que abandonara la casa de su madre, el duque de Gandía no había regresado a su palacio.

Alejandro trató, no obstante, de hacerse ilusiones durante el resto del día, creyendo que su hijo, sorprendido por la aurora en alguna aventura amorosa, esperaba para salir la vuelta de la obscuridad, con cuya ayuda había ido. Pero la noche transcurrió, como el día, sin que tuvieran noticia alguna, de suerte que, al siguiente, el papa, atormentado por los más tristes presentimientos y por esa voz fatal del pueblo que clamorea las grandes desgracias, dejóse llevar de la más profunda desesperación, y sólo pudo decir a los que se presentaban ante él, en medio de sus sollozos y suspiros, estas palabras, que repetía mil veces:

—¡Que lo busquen, y que se sepa de qué modo ha succumbido el desgraciado!

Todos comenzaron entonces a buscar, porque, como hemos dicho, el duque de Gandía era querido por todos; pero, no obstante las indagaciones que se llevaron a cabo en la ciudad, no pudo descubrirse nada más que el cuerpo de un hombre asesinado en el que se reconoció al criado del duque. De éste, ningún rastro había: se pensó, con razón, que probablemente habría sido arrojado al Tíber, y comenzaron a seguir sus orillas, empezando por la calle de la Ripetta, interrogando a todos los barqueros o pescadores que hubieran podido ver, bien fuese desde sus casas, o desde sus barcas, lo que había pasado en las orillas del río durante las dos noches precedentes.

Al principio fueron inútiles cuantas preguntas hicie-

ron; pero, al llegar a la altura de la calle del Fantanone, encontróse por fin a un hombre que dijo haber visto, la noche del 14 al 15, algo que tal vez tuviera relación con el asunto que a todos inquietaba.

Era un esclavón llamado Jorge, el cual, remontando el río, llevaba un cargamento de madera a Ripetta. He aquí sus propias palabras:

«Cuando hube depositado el miércoles por la noche mi carga de madera en la orilla, quedéme en mi barca, descansando al fresco de la noche y vigilando que otros no cargasen lo que yo había descargado, cuando, hacia las dos de la madrugada, vi que por la callejuela que hay a la izquierda de la iglesia de San Jerónimo, desembocaban dos hombres a pie los cuales se adelantaron hasta el centro de la calle; por la atención con que miraban a todos lados, claramente se veía que sólo habían ido allí para ver si pasaba alguien por aquella calle. En efecto, al asegurarse de que ésta estaba desierta, volvieron a la misma calleja, de donde otros dos salieron a su vez, usando las mismas precauciones para convencerse de que nada nuevo había, los cuales, al encontrarlo todo como deseaban, hicieron señas a sus camaradas para que vinieran. Aproximóse entonces un hombre que montaba un caballo tordo, el cual llevaba sobre la grupa el cadáver de un hombre, cuya cabeza y brazos colgaban de un lado y los pies del otro, y era sostenido por los dos hombres que primero habían venido a la descubierta. Los tres hombres acercáronse en seguida al río, mientras los otros dos guardaban la calle, y, adelantándose hacia la parte en que desemboca en el Tíber la cloaca de la ciudad, el jinete hizo que su caballo volviera la grupa hacia el río; los dos hombres que estaban a su lado tomaron el cadáver el uno por los pies y el otro por las manos, lo balancearon tres veces, y, a la tercera, lo arrojaron con todas sus fuerzas al río; entonces, aprovechando el ruido que hizo el cuerpo al caer en el agua, el jinete preguntó: «¿Está hecho?», y al contestarle los otros: «Sí señor», se volvió en seguida. Al ver que sobre el agua flotaba una cosa negra preguntó que qué era aquello, y uno de los hombres le contestó: «Es su capa, señor», mientras que otro recogía piedras e iba hacia donde todavía se veía con objeto de hacerla sumergir. Tan pronto como hubo desaparecido se retiraron los dos hombres, y,

después de haber caminado un rato por la calle, metiéronse por la callejuela que conduce a San Jaime y no los volví a ver.»

Ante tales noticias, que quitaban toda esperanza a los que hubieran podido abrirla todavía, uno de los servidores del papa preguntó al esclavón cómo habiendo presenciado semejante cosa, no la había denunciado al gobernador. Pero el hombre le respondió que, desde que ejercía su oficio en el río, muchas veces había visto arrojar hombres muertos al Tíber, sin jamás haber oído decir que se inquietara nadie por ello, por cuya razón estaba persuadido de que con ese cadáver ocurriría lo mismo que con los demás, y no había creído deber hablar de ello, pensando que a eso no le darían más importancia que a lo ocurrido antes.

Guiados por estos informes, los servidores de Su Santidad procedieron inmediatamente a reunir a todos los barqueros y pescadores que acostumbraban navegar por el río, y como ofrecieron una buena recompensa al que encontrara el cadáver del duque, no tardó en haber un centenar dedicado a la tarea, y con tan buen resultado, que antes de que llegara la noche de ese mismo día, que era viernes, dos hombres fueron sacados del agua, en uno de los cuales reconocióse inmediatamente al desdichado duque.

En cuanto inspeccionaron el cadáver no hubo ya duda alguna sobre la causa de su muerte. Tenía el cuerpo atravesado por nueve puñaladas, la principal en la garganta, que le seccionaba la yugular; en cuanto a sus vestidos, no habían sido tocados. Tenía su jubón y su capa, sus guantes en la cintura y su oro en la bolsa; por consiguiente, el duque había sido asesinado por venganza y no por codicia.

La barca que conducía el cadáver remontó el Tíber hasta el castillo de Sant'Angelo, en donde fué depositado; en seguida fueron a buscar al palacio del duque el magnífico traje que llevaba el día de la procesión, y con él lo vistieron; después colocaron a su lado las insignias del generalato de la Iglesia. Así estuvo expuesto todo el día, faltando el valor a su desesperado padre para ir a verlo. Finalmente, al llegar la noche, sus más fieles y sus más dignos servidores lo transportaron a la iglesia de la Madonna del Pópulo, con todos los honores que la Corte y la Iglesia podían tributar al hijo del papa.

Mientras esto ocurría, César, con sus manos ensangrentadas, coronaba a Federico de Aragón.

Alejandro VI sintió aquel golpe en lo más profundo de su corazón. No sabiendo, en un principio, sobre quién hacer recaer sus sospechas, dió las órdenes más severas para que se persiguiera a los asesinos; pero, a medida que el tiempo transcurría, se levantaba ante él la sangrienta verdad. Vió que el golpe que le había anonadado, hiriendo a su casa, partía de ella misma, y entonces su desesperación convirtióse en frenesí; corrió como un insensato a través de los salones del Vaticano, y, entrando en pleno consistorio, con los vestidos desgarrados, los cabellos cubiertos de ceniza, confesó entre sollozos los desórdenes de su vida pasada, reconociendo que la desgracia que en aquellos momentos le abrumaba era un justo castigo de Dios. Después se encerró en una de las más oscuras y secretas cámaras de su palacio, diciendo que quería dejarse morir de hambre.

Y, en efecto; durante más de sesenta horas no tomó ningún alimento de día ni reposó de noche, contestando sólo con gemidos de mujer o con rugidos de león a los que llamaban a la puerta para suplicarle que viviera; tanto, que, al ver que no podían conseguir que cediese a los ruegos de Julia Farnesio, la nueva amante que acababa de tomar, y a la que llamaban Giulia Bella, decidieron llamar a Lucrecia, aquella hija doblemente amada, para vencer su obstinación mortal. Lucrecia salió del retiro en donde lloraba al duque de Gandía, para ir a consolar a su padre. En efecto, abrióse esta vez la puerta, y hasta entonces, el cardenal de Segovia, que había permanecido cerca de veinticuatro horas arrodillado en el umbral suplicando a Su Santidad que recobrará sus ánimos, no pudo entrar con algunos servidores que llevaban vino y algún alimento.

Durante tres días y tres noches el papa estuvo solo con Lucrecia, volviendo después a aparecer en público, si no consolado, al menos calmado; porque, según asegura Guicciardini, Lucrecia le hizo comprender lo muy peligroso que sería para él demostrar muy al descubierto al asesino, que no tardaría en regresar, el amor inmoderado que por la víctima sentía.

\*

César, mientras tanto, permanecía en Nápoles, no ya sólo con objeto de que el dolor paterno se fuese calmando, sino para llevar a buen término una negociación de la que estaba encargado, consistente en las proposiciones de matrimonio entre su hermana Lucrecia y el hijo natural de Alfonso II y hermano de doña Sancha, don Alfonso de Aragón, duque de Biseglia y príncipe de Salerno.

Es verdad que Lucrecia estaba casada con Juan Sforza, señor de Pésaro; pero era hija de un padre a quien el Cielo había concedido el derecho de atar y desatar, de modo que no debían inquietarse por tan poca cosa; tan pronto como los novios estuvieran dispuestos, vendría el divorcio. Alejandro era demasiado buen político para dejar casada a su hija con un yerno que de nada le servía ya.

Hacia fines del mes de agosto, se supo que, habiendo terminado según todos sus mejores deseos la embajada ante el nuevo rey, el legado iba a regresar a Roma. En efecto, regresó el día 5 de septiembre, es decir, antes de que se cumplieran los tres meses de la muerte del duque de Gandía, y el día siguiente fué a la iglesia de Santa María Novella, en cuya puerta le esperaban montados a caballo, según la costumbre, los cardenales y los embajadores de España y de Venecia, y se dirigieron al Vaticano, donde el papa les esperaba sentado en el trono; llegado que hubieron al consistorio, el legado fué recibido por el Papa, el cual, según el ceremonial, le dió la bendición y lo besó; después, acompañado nuevamente y del mismo modo por los cardenales y los embajadores, fué hasta sus departamentos, de los que, tan pronto como estuvo solo, pasó a los del papa; porque en el consistorio no se habían hablado, y el hijo y el padre tenían muchas cosas que decirse, pero no, como pudiera pensarse, del duque de Gandía, porque ni siquiera su nombre fué pronunciado, y ni ese día ni después se volvió a hablar del infeliz joven, como si jamás hubiese existido.

Verdad es que César llevaba buenas noticias. El rey Federico consentía en la unión propuesta; y, por consiguiente, el matrimonio de Lucrecia con el señor de Pésaro fué